Documento

Proyecto Sanfermines 78



Sanfermines 78. Así sucedieron los hechos

SANFERMINES 78. LOS HECHOS TAL Y COMO SUCEDIERON

.
Proyecto Sanfermines 78 nació por casualidad, de personas normales con trabajos normales. Hace unos meses, comenzamos a investigar sobre este tema, que todos habíamos vivido. Aquí ofrecemos el resultado. A diferencia de otras iniciativas de claro corte político, a nosotros nos mueve sobre todo la investigación y la reconstrucción de lo que ocurrió en nuestra querida ciudad entre el 8 y el 11 de julio de 1978. El relato que ofrecemos no es definitivo, y seguro que puede ser rectificado, corregido y aumentado si alguien quiere hacernos llegar sus recuerdos. Para ello ponemos nuestro email **proyectosanfermines78@gmail.com** a disposición de quien quiera hacernos llegar datos y comentarios.



Esta es nuestra modesta aportación. No buscamos notoriedad pública. Este documento va dirigido a los pamploneses de bien que sufrieron como nadie esos días, y a quienes están interesados en saber qué paso.

Proyecto Sanfermines 78
Pamplona agosto 2009
proyectosanfermines78@gmail.com

8 de Julio. El día en que todo estalla

La plaza en llamas

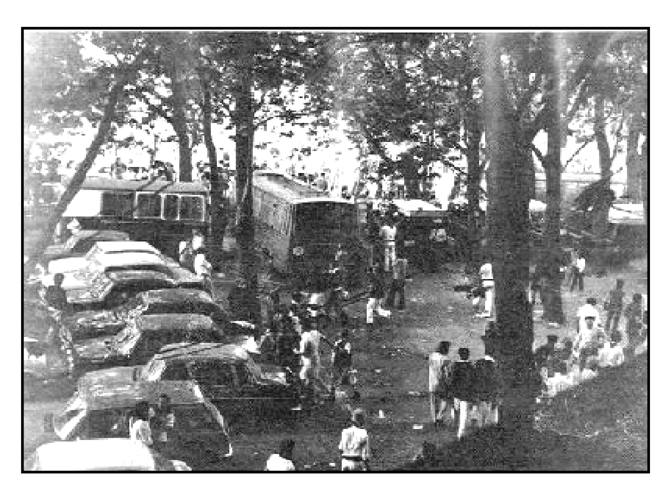
A las seis de la tarde del día 8, los alrededores de la plaza de toros de Pamplona se encuentran rodeados, con dotaciones de la Policía Armada situadas estratégicamente en todo el lateral que va desde el parque de bomberos, en la calle Aralar, hasta la entrada principal, que da a la calle Amaya. Se amontonan vehículos y miembros de la Policía Armada bajo el sol desde las primeras horas de la tarde. Se trata del dispositivo habitual para espectáculos de masas, que ha sido reforzado desde hace varios días, ante los incidentes que se han producido ininterrumpidamente durante todos los días de la primera semana de julio. Los días 2, 3, 4 y 5 manifestaciones violentas han recorrido la ciudad. Y para colmo, hace dos días, el día 6, ha estallado un motín en la Prisión provincial.

J.L.M y E.O.G llegan tarde, y observan desde los accesos a grada y andanada de sombra el despliegue de vehículos policiales en todo el lateral que va del callejón a la calle Aralar. Hay aparcados varios Land Rovers, con su característico techo blanco, y camionetas Avia, más manejables en ciudad que los autobuses habituales, de los que también hay dos o tres. Todos corresponden a la Bandera Móvil de la Policía Armada con sede en Pamplona, mandadas por el comandante Fernándo Ávila. Éste ha sustituido a Joaquín Imaz, navarro asesinado por ETA siete meses antes, y a él corresponde ahora garantizar el orden en los espectáculos públicos.

El ambiente está algo enrarecido, pero no más que el día anterior, cuando "La Única" está a punto de forzar el enfrentamiento dentro de la plaza y los mozos de varias peñas salieron en manifestación cantando el "Eusko gudariak". "La Única" es una de las peñas más ligadas a ETA, y entre sus socios se encuentran muchos

detenidos por pertenecer a la criminal banda. Ese 7 de julio, se negaban a abandonar la plaza de toros en protesta por la detención de uno de sus socios, acusados de un asesinato cometido semanas atrás. Ese día –es la tarde anterior- se ordenó preparar la entrada en la plaza, donde además de los de "La Única" quedó otro grupo de manifestantes en Andanada, justo encima. El Gobernador Civil, Ignacio Llano, conocía la decisión de esta peña de tensar la situación al final de la corrida, así como la determinación de Ávila para desalojarlos por la fuerza. En el último momento le ordena abortar la entrada de los antidisturbios en la plaza.

El operativo es similar al del día 7, cuando a punto estuvieron de entrar a desalojar a los del tendido 5. Hoy los agentes están en corros fumando, sentados en el interior de los vehículos o apoyados en los árboles, en el arco exterior que va del patio de caballos al callejón. Los testigos manifiestan que no se les ve nerviosos, más bien charlan entre ellos ajenos a los curiosos que pasan a su alrededor y entran en la plaza con prisas. La presencia de la Policía Armada en los alrededores de la plaza –le corresponde la vigilancia en este tipo de espectáculos- es ya habitual.



Algunos rumores hablan de una provocación a gran escala en mitad de la corrida: la información ha llegado tanto al Ayuntamiento como al Gobierno Civil. Se llega a hablar de una masiva invasión del ruedo con la suspensión de la corrida, o un plante mayoritario de las peñas seguida de una manifestación. También se habla de una ocupación tras la corrida. El día anterior ya ha habido una manifestación proetarra por las calles de Pamplona, y el día 6 se han producido incidentes en la cárcel provincial, a pocos kilómetros de la plaza de toros.

En el ruedo, los diestros hacen el paseíllo, y Dámaso González, Sergio Galán y José Luis Palomar, lidian los toros de Fermín Bohórquez. En el encierro, han dejado un herido. De los tres toreros, Palomar es el que más ganas le echa, arrancando aplausos del público. Al tercer toro, los representantes de las peñas se reúnen en el Patio de caballos. En los últimos años han adoptado un papel de agente político: hacen exigencias al Ayuntamiento y a las instituciones, amenazan con boicotear las fiestas, apoyan manifestaciones políticas. Están acostumbradas a exigir a las autoridades, y llevan semanas amenazando con "acciones ciudadanas". Esa tarde, quienes están en la conversación del patio de caballos hablan de distintas opciones. Algunos quieren repetir el plante de "La Única" del día anterior, pero el despliegue policial en el exterior les disuade. En principio saldrán de la plaza, aunque ya se vería que hacer después.



Son las 20.36. José Luis Palomar, mata de una buena estocada a su segundo, un sobrero de Guardiola que a su vez había sustituido a otro sobrero de Blanca

Belmonte. Apenas es arrastrado por las mulillas, Palomar se dispone a dar la vuelta al ruedo. Algunos, sobre todo en sombra, se apresuran hacia la salida, para abandonar cuanto antes el coso: el ambiente es desagradable y crispado ese año. Ignacio Llano, que ha asistido a la corrida desde la zona de Presidencia, suspira tranquilo, y los que se encuentran cerca le hacen comentarios de alivio. Parece que la tarde ha pasado sin problemas, y su preocupación es ahora la noche: es sábado, la ciudad está repleta y tiene información de que hay convocada una manifestación por parte de los abertzales, a la que asistirá gente venida de fuera. Tiene previsto volver después de la corrida a su despacho del Gobierno Civil para hacer frente a lo que pueda venir después.

Hacia las 20.40, cuando la gente se está levantando para irse, diez proetarras saltan al ruedo, de entre los tendidos 5 y 6, con una enorme pancarta de color verde con unas letras mayúsculas blancas donde se lee "Amnistía total. Presoak kalera. San Fermín sin presos". Otros veinte mozos forman un cordón alrededor de éstos. En Sol hay división; unos aplauden y gritan "!presoak kalera, presoak etxera¡", otros desaprueban con su silencio y otros actúan como si nada ocurriera. En sombra la bronca es mayoritaria. En Andanda, E.O.G. -la persona que antes se ha asomado a la barandilla exterior observando el trasiego de policías-, se pone nervioso. Aquello no augura nada bueno. Otros como él apresuran el paso hacia los vomitorios. Los demás observan con curiosidad a los provocadores.

En unos segundos, los portadores de la pancarta avanzan en sentido de las agujas del reloj, a paso ligero. Algunos con el puño en alto. En segundos, abandonan los terrenos de Sol, pasan frente al callejón de entrada a la plaza, donde ya se está abriendo la puerta del ruedo, y bajo las localidades de presidencia. Los periodistas están recogiendo sus cosas, observan con curiosidad el avance de los reventadores con la pancarta. Mientras, charlan entre ellos. Floja, la corrida. Alguno hace un par de fotos a los alborotadores. El presidente de la corrida se ha retirado ya del palco. Como era previsible, al pasar bajo los tendidos de sombra comienzan a caer almohadillas sobre los proetarras. El cinturón de personas que rodea a los de la pancarta insulta, amenaza con el puño y señala con el dedo a quienes más protestan.



Ha pasado sólo un minuto. En Sol, a espaldas de los reventadores, se forma el habitual desorden tras la corrida. Unos observan y aplauden a los de la pancarta, otros salen por los vomitorios –no se encontrarán a la salida con la Policía

Armada, que está situada al otro lado de la plaza-, y muchos aún continúan la juerga camino del ruedo. Van bajando los primeros mozos, y en la parte de arriba del tendido, las pancartas y charangas comienzan su descenso. Pese a que tienen a escasos cincuenta metros a los abertzales de la pancarta, quienes están en la arena parecen actuar con indiferencia. Los pitidos aumentan. C.R.M es uno de los que silva: "estaban las cosas este año como para hacer el tonto sacando pancartas y tensando la cuerda –rememora-. Ésos lo que querían era precisamente liarla".



Son las 20.45. Han pasado cuatro minutos desde que los reventadores han saltado a la arena y desplegado la pancarta. En el ruedo hay 100 personas, pero poco más de treinta dan la vuelta al ruedo con el cartel. A la altura del tendido 3, varias personas se dirigen a ellos, discutiendo en la arena y siendo apartados a empujones. Este barullo hace que los alborotadores se detengan entre el tendido 2 y el 3, y cae sobre ellos una lluvia de almohadillas. Los abertzales reaccionan amenazando e insultando a los de arriba y devolviendo las almohadillas. La tensión aumenta, y los pitidos hacia los provocadores, también.

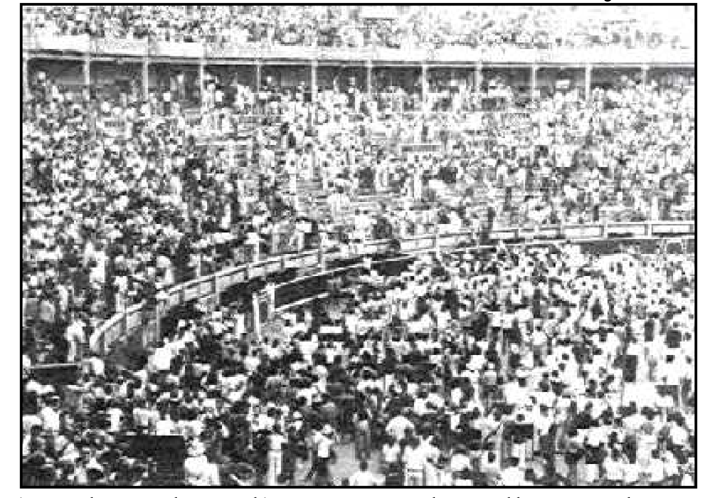


Pronto la bronca degenera en pelea. Los de arriba y los de abajo se insultan y lanzan objetos. Entre las almohadillas, cae una botella. La ha tirado un hombre de pelo oscuro, de unos cuarenta años, que ocupa una de las localidades junto a su mujer.

Media docena suben a por él desde el ruedo por el tendido. Escapa hacia arriba. Algunos tratan de pararles. L.S.M se encuentra en grada, justo encima: "Tardaron en saber quien era, y en su camino pegaron a tres personas que se les enfrentaron". Al final, lo localizan y empiezan a pegarle patadas y puñetazos. Los vecinos de localidad salen en defensa del linchado y en mitad del tendido se genera una turba en la que están implicadas más de veinte personas, porque los de abajo siguen subiendo. En medio de la tensión, los espectadores comienzan a gritar "!San Fermín, San Fermín!", a lo que un sector en sol responde "presoak kalera, presoak etxera". La pelea aumenta, se abre un claro en el tendido y los de la pancarta elevan aún más el cártel, exhibiéndolo ante la bronca general. Nunca se ha vivido en la plaza un enfrentamiento así. En el ruedo, ya lleno, la gente observa los incidentes.



Los acontecimientos aquí son confusos. En el tendido de sombra, arriba y a la derecha de la pelea, el comisario jefe Miguel Rubio da la orden fatídica: intervenir en el tendido. A partir de ese momento, los hechos se desencadenan trágicamente. Él afirmará posteriormente que sólo se trataba de que alguien separase a los que se pegan en la grada y nada más. El comentario se transmite o se manipula hacia el exterior, y llega a la Policía Armada. Lo que sí se sabe ahora es que el teniente que manda una de las secciones recibe una única orden, sin más añadidos: despejar el ruedo y dispersar a los alborotadores que sostienen la pancarta proetarra y pegan a los del tendido. En cuestión de muy pocos segundos –mientras dentro la pelea sigue- los agentes se preparan.



Los espectadores que salen de las localidades de sombra al exterior, se encuentran con éstos moviéndose de un lado a otro, desplazándose hacia la entrada al callejón, poniéndose las defensas y preparando el material antidisturbios. Su ritmo es frenético, nada que ver con la tranquilidad que transmitían anteriormente. L.I. afea la conducta a los agentes, que le amenazan y le expulsan a empujones. Según los testigos, al otro lado, en la calle Aralar los agentes permanecen tranquilos y no se movilizan. L.E.A., que ha dejado el coche en el Parque de la Media Luna y ha salido cinco minutos antes, los ve enormemente tranquilos, “como si fuese algo rutinario, como el día anterior”.

En treinta segundos, mientras la pelea aumenta dentro, los primeros txikis entran en la arena, encontrándose con la bronca. Detrás de ellos, los agentes corren con el material antidisturbios hacia el callejón. En esos segundos, ya empiezan sus primeros roces y enfrentamientos con quienes han ido a esperar la salida de las peñas. La sección casi entera entra a la carrera por el callejón, llevándose por delante a algunos txikis, empujados por los agentes. F.A, que está en la barrera, ve que al menos tres caen al suelo, y que otra docena está ya en el ruedo antes de que llegue la carga, junto con varias docenas de adultos que han entrado con ellos.

Son las 20.50 y todo sucede muy rápido. El ruedo ya está lleno de gente, la mayoría de espaldas al callejón, observando la trifulca en el tendido. La policía entra a la carrera. Cuarenta agentes de la Policía Armada más dos o tres inspectores del Cuerpo General de Policía. Otros dos agentes de paisano entran más o menos en ese momento en el tendido de sombra, donde algunos testigos les verán minutos después esgrimiendo el arma y efectuando disparos. Las órdenes son cargar hacia la derecha, pero el ruedo está tan lleno de gente que la policía carga contra la masa, que está de espaldas y tarda un segundo en reaccionar. Muchos son advertidos de lo que ocurre por los gritos de los tendidos. Cuando se da cuenta, la muchedumbre del ruedo se arremolina hacia delante, atropellándose unos a otros.



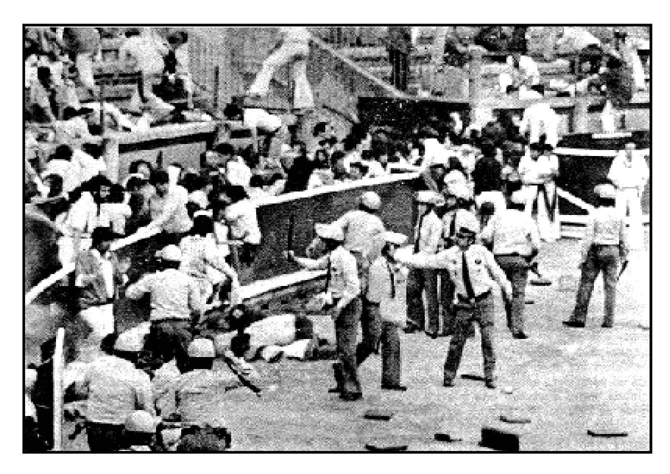


Los treinta agentes usan sus porras y lanzan pelotas de goma contra los que se pegan en el tendido encuentran en su camino. Hay gritos, caídas. Los proetarras sueltan la pancarta. Algunos saltan la barrera, otros corren hacia el patio de caballos, algunos retroceden hacia los tendidos de sol. El momento es de pánico entre quienes se encuentran más cerca de la entrada al callejón, que se lanzan desesperados hacia los tendidos, perseguidos a porrazos. Ante la indignación y el estupor de los tendidos de Sol, los espectadores de sombra, que se han llevado la peor parte, se arremolinan en las salidas, aunque al mismo tiempo las primeras almohadillas caen sobre los agentes desde las localidades de sombra. Pronto el ruedo queda limpio de personas, y la pancarta que desencadena los acontecimientos se encuentra tirada en el suelo, sucia de arena.



Unos agentes han procedido con extrema dureza, cargando hasta el fondo del ruedo. Otros con mayor prudencia, quedándose cerca de la entrada. Entonces se produce un parón. Una vez despejado el ruedo, toda la sección queda

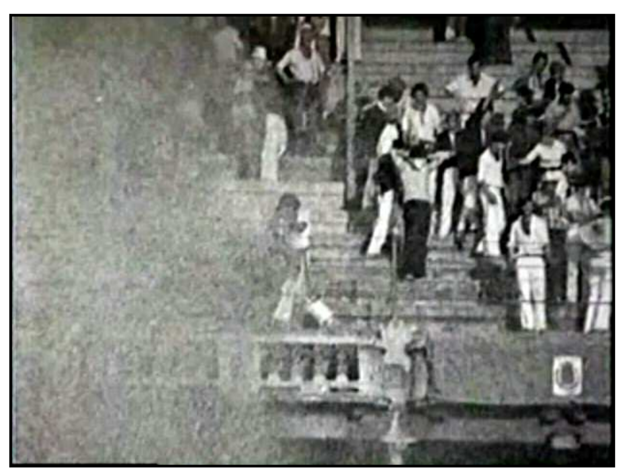
abandonada sin orden alguna en mitad de la plaza, ante 20.000 personas. Los agentes se agrupan en el centro del coso. Durante unos segundos no saben muy bien que hacer: les han mandado entrar cargando con fuerza, pero ¿ahora qué?. Atónito, Ignacio Llano se ha dado media vuelta y asiste desde las localidades de presidencia al espectáculo. Sus órdenes eran tajantes: ninguna actuación en la plaza sin consultarle expresamente. Le han desobedecido y ahora tiene el ruedo ocupado por agentes de policía. Busca a un teniente para que transmita la orden de retirada.





Entre la propia policía cunde el desconcierto. Un agente confesará después: “en la plaza de toros no sabíamos que hacer, si quedarnos, retirarnos o qué. Ni el sargento lo sabía bien”. Aunque parezca mentira, con el ruedo vacío y con los espectadores corriendo tendido arriba, hay unos segundos en que, literalmente, los antidisturbios no saben qué hacer. Les han mandado cargar precipitadamente, y ahora no tienen ningún tipo de orden.

En esos segundos, el pánico de los espectadores da lugar al odio. Es el momento en que se desata la ira sobre ellos, y comienzan a caerles encima, no sólo almohadillas, sino botellas, cubos y hielos. En mitad del ruedo son objetivo fácil, y además algunos mozos de sol han reaccionado y comienzan a descender por el tendido, lanzando botellas y atrincherándose en barrera. “A por ellos”, se oye en los tendidos. Algunos policías son alcanzados por botellas. Una de ellas golpea a uno en el pecho, que queda inconsciente en los medios, frente al patio de caballos. Mientras la lluvia de objetos aumenta, tres agentes tratan de reanimarlo, algo alejados del resto de agentes.



La reacción de la policía es muy violenta. Comienzan a lanzar pelotas de goma y botes de humo contra los tendidos, principalmente contra los de Sol, pero también contra los de Sombra. A.G.M, agachado en grada de sombra, ve una pelota rebotando sobre su cabeza, y un bote de humo debajo, a su derecha, en el tendido 1. Los agentes concentran el fuego en los tendidos de Sol, que rugen de

indignación. Columnas de humo se alzan entre los mozos, que se cubren la cara con pañuelos y camisetas.

Ante la ausencia de órdenes, el teniente manda retirarse, y lo hacen lentamente, hacia el callejón. Se cubren lanzando pelotas de goma, botes de humo. Varios agentes son alcanzados por hielos y botellas, y ellos mismos devuelven alguna a los tendidos. Pero al retirarse dejan atrás al agente inconsciente. Mientras los últimos rezagados escapan hacia el callejón disparando, tres agentes se quedan junto al herido. Animados por el repliegue policial, unas cincuenta personas sale desde detrás de las barreras lanzando objetos y abalanzándose sobre los tres agentes que están rezagados y sobre sus compañeros, que ya enfilan el callejón.



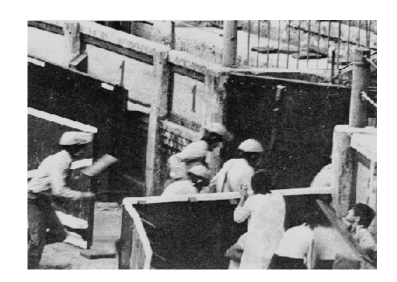


Del grupo que se retira quedan atrás media docena de agentes, uno de los cuales saca la pistola y efectúa varios disparos hacia los mozos que les arrojan objetos. Alcanza a uno en la espalda. Más allá queda el agente inconsciente, junto a dos compañeros. Pronto son rodeados y apaleados. Uno de ellos es atacado por varios mozos que tratan de quitarle la pistola. Forcejean con él, lo que quieren es su arma. Finalmente logra escapar hacia el tendido 2: cojea, lleva la camisa rota y ha perdido la porra. El otro es rodeado por media docena de mozos, que le propinan patadas y puñetazos. Derribado en el suelo, y como puede, saca su arma reglamentaria, una Astra, que trata de esgrimir, pero un mozo le golpea el brazo con un cubo y el arma cae al suelo. Mientras el policía es golpeado, un mozo, vestido de blanco con blusa a cuadros, recoge el arma y se pierde tendido arriba. El rastro de la pistola se perderá para siempre.



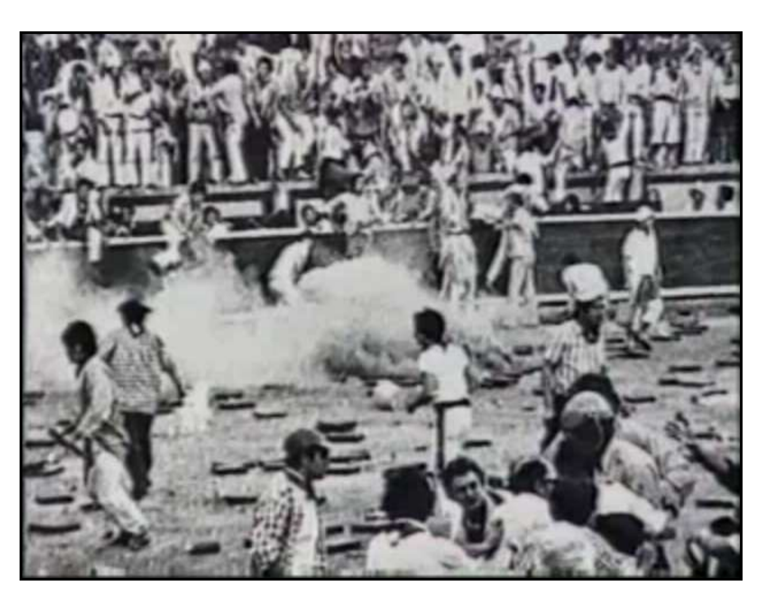
El caos es de nuevo entre los propios pamplonicas. Mientras estos dos agentes son linchados, el número inconsciente es protegido y retirado por algunos mozos de peña, y llevado a la enfermería. Otros tratan de impedírselo. Pero lo hacen rápidamente, de manera que pasan desapercibidos. Su pistola será después encontrada por un trabajador de limpieza, abandonada entre la basura, junto al patio de caballos.

Fuera se va abriendo un enorme hueco alrededor de la plaza, entre Duque de Ahumada, Estafeta, Cortes de Navarra y Labrit. Toda la zona de Telefónica está vacía o vaciándose, ocupada sólo por los jeeps y los agentes de la Policía Armada



que han quedado como retén en el exterior. Prohíben el paso a la plaza. Un grupo de personas increpa y lanza algún objeto contra la policía desde el final de la Estafeta, lo que motiva el lanzamiento de varias pelotas y botes de humo. Aún no son las nueve, y son los primeros incidentes que ocurren en el exterior de la plaza de toros.

Dentro, los agentes en retirada son perseguidos hasta la calle. Ha pasado poquísimo tiempo. Son las 20.55, y la acción se concentra ahora en el callejón. Corriendo por el cemento desde los tendidos de sol, y a través del ruedo, unas cuarenta personas persiguen a los policías en retirada. Unos se atrincheran en el callejón. Otra docena hostiga a los agentes desde los pasillos exteriores de grada y Andanada, desde arriba, lanzando botellas. Se hacen fuertes tanto arriba como abajo. Algunos de los policías responden con pelotas de goma.



En ese momento, la situación en el interior de la plaza es kafkiana. Tras la salida del último policía, el ruedo parece querer volver a la normalidad. Algunas peñas han bajado al ruedo, e incluso están desplegando sus pancartas para salir con la música a la calle. Otros recogen la pancarta verde. En los tendidos se quiere volver la calma. Sin embargo, los agentes se encuentran aún en el callejón, hostigados desde dentro por docenas de personas. Desde el túnel, los policías comienzan a lanzar botes de humo y pelotas de goma al interior, principalmente hacia Sol. Desde ahí no pueden llegar a los tendidos, pero sí al ruedo, que se llena de humo. De vez en cuando, penetran unos metros en el redondel, para ser rechazados de nuevo por los mozos, no sin antes volver a lanzar gases lacrimógenos y botes de humo.

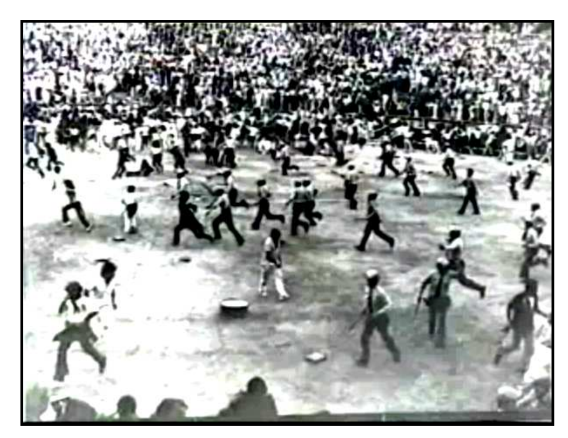


21.00. Por el ruedo se elevan varias columnas de humo, entre los que se mueven los mozos, enfrentándose a los policías y evacuando a los heridos. Algunos devuelven los botes de humo a la policía, agarrándolos con toallas. Les hacen frente con todo tipo de objetos. Dentro del callejón, la lucha es casi cuerpo a cuerpo. Varios mozos lanzan botellas de cristal a los policías, a varios metros de distancia. En un momento determinado, solo seis personas contienen a un pelotón antidisturbios, hasta que un sargento se adelanta, saca la pistola y

dispara en el estómago a uno de los mozos. R.V. que cae al suelo herido hasta que le evacuan a la enfermería. Él no es el primero, puesto que durante la primera carga un mozo ha sido herido en el hombro cuando lanzaba objetos desde el tendido, y otro en el pecho, cuando se enfrenta a los agentes en el redondel. Tienen el dudoso honor de ser los primeros heridos de bala de la noche.

En la calle Aralar se prepara otra carga. Al capitán al mando de la sección le han comunicado que varios agentes han quedado en el ruedo, uno al menos inconsciente. Por otro lado, está en contacto con la sección hostigada en el otro lado, junto al callejón. Del interior le llegan gritos de “Gora ETA” y “Policía asesina”. En algún momento el comandante Ávila ha abandonado el tendido, ha roto toda comunicación con el Gobernador civil y ha ordenado a los efectivos del norte volver a entrar al ruedo en auxilio de los agentes del callejón. Son las 21.05.

La segunda carga es más contundente, con pelotas de gomas, botes de humo y gases lacrimógenos desde el comienzo. Los agentes irrumpen lanzando a bocajarro las pelotas sobre los presentes. Pero si la primera carga provocó estupor y sorpresa en los espectadores, la segunda provoca ira y odio. A diferencia de lo ocurrido un cuarto de hora antes, el ruedo está a rebosar de personas preparadas, y varios cientos –los más radicales, militantes y simpatizantes de organizaciones independentistas y de extrema izquierda- están ya en primera línea, en el ruedo. Así que los agentes sólo pueden penetrar hasta mitad del coso. Los mozos se enfrentan a ellos, vuelan botellas, cubos, cazuelas. A diferencia de antes, los espectadores no retroceden. La lluvia de objetos desde los tendidos de sol es aún mayor. Pese a que la intención de los agentes es llegar hasta el otro lado y despejar el callejón, el intento es fallido, y deben replegarse, en desorden. Algunos agentes son heridos, pero regresan hacia el punto de salida.





Quienes se encuentran en las calles adyacentes, como R.B.P, ven levantarse columnas de humo desde el interior del coso, sin saber muy bien lo que está ocurriendo. En el interior la situación es dramática tras la segunda carga. En el ruedo son muchos los heridos: contusiones, golpes, asfixias, heridos de balas. Son evacuados como buenamente se puede, por amigos o desconocidos, en volandas, hasta la enfermería, de donde son derivados a



las ambulancias en la calle Aralar. Eso no es lo peor. Además, el humo y los gases ascienden por los tendidos hacia las localidades altas y se cuela por las puertas, por los pasillos. Miles de espectadores deambulan de aquí para allá tapándose la nariz con pañuelos, con ataques de histeria. Niños llorando, personas mayores con dificultades para respirar, miradas de pánico. Los efectos de los gases llegan hasta la enfermería de la plaza, donde el equipo médico atiende las lesiones más leves y deriva rápidamente a los hospitales a los heridos más graves.

Pero los problemas de los que se encuentran aún dentro de la plaza no han terminado. Pequeños conatos de enfrentamiento se empiezan a suceder en los alrededores de la plaza: sobre todo en la confluencia de la calle Labrit con Estafeta. Los que aún están dentro escuchan el sonido de las sirenas y el inconfundible de los disparos de pelotas y botes. Hay carreras, gritos y pitidos de los silbatos policiales. No se puede salir. Cientos de personas deambulan de un pasillo a otro, de una galería a otra. Los policías destacados en el patio de caballos y en la calle Labrit disparan botes de humo y pelotas de goma hacia arriba, hacia los pasillos de acceso a los tendidos situados sobre ellos. El humo se extiende también por allí.



La segunda carga, la efectuada desde el patio de caballos a las 21.05 habría tenido éxito de no ser por que los agentes del callejón han cedido y están en el exterior, hostigados desde el final de la calle Estafeta. Desde Cortes de Navarra contienen a una multitud cada vez mayor.



En ese momento, es más fácil salir de la plaza por los tendidos de Sol, cuyas salidas dan a la calle Arrieta o la calle Olite que por los de Sombra. Quienes han conseguido salir de la plaza entre la primera carga y la segunda, lo han hecho por la cuesta de Labrit o por el parque de bomberos. Pero al filo de las nueve y cuarto, la lucha es cada vez mayor en la confluencia con el Casco Antiguo, y se sale por el otro lado. En pequeños grupos, con paso rápido y en silencio, otros lo hacen saliendo por la calle Aralar, hacia la calle Leyre y la Media Luna. En las sucesivas horas se arriesgarán a cruzar una ciudad en llamas o refugiarse en bares o casas de amigos y familiares. Muchos no llegarán a casa hasta la medianoche.



El Gobierno civil, atacado

A esa hora, 21.15, los efectivos de la Bandera Móvil desplazados a la plaza cuatro horas antes se han replegado a la calle Aralar, donde hay cierta tranquilidad, y tras la fallida carga, mantienen el control, aunque algún grupo aislado ha lanzado algunos objetos. El otro grupo se ha retirado hacia Carlos III por Cortes de Navarra, dejando por fin libre el callejón. El grupo que les tiraba piedras desde el final de la calle Estafeta se ha juntado con un grupo de mozos que salen de la plaza de toros hacia la calle Amaya, y ahora con los que salen del interior de la plaza, que son varios cientos y que salen con los instrumentos musicales de las charangas y las pancartas plegadas, algunas sucias de humo.

Todos confluyen en el cruce con la calle Labrit. Allí se usa como parapeto el vallado del encierro y los coches aparcados a ambos lados de Cortes de Navarra y Duque de Ahumada. Mientras, la policía se va lentamente retirando hacia atrás. Primero, los vehículos, varios Land Rover y camionetas, y cubriendo, los agentes, que disparan botes de humo hacia los manifestantes, que son cada vez más y se agachan entre los coches y el vallado del encierro, devolviendo alguno de los botes hacia los agentes.



Al mismo tiempo, un grupo de manifestantes comienza a formar barricadas en la confluencia de Carlos III con la Plaza del Castillo, un kilómetro más abajo de donde se encuentra la sección de la Policía Armada. Cruzan coches y destrozan los veladores de las terrazas de los bares, volcando sillas, mesas y toldos en mitad de la calle. Los bares comienzan a cerrar apresuradamente. Los que pueden recogen las terrazas antes de que sean destrozadas. Frente al bar Txoko, un camarero es agredido mientras recoge mesas y sillas. En ese momento es donde comienzan los ataques al Palacio de Diputación, contra la fachada que da a esa zona. Estos ataques se repetirán a lo largo de las horas siguientes.



Las fuerzas policiales están muy dispersas por toda la ciudad, desde el Hospital Militar hasta la Audiencia provincial o la cárcel. La sección que a las 21.15 estaba en Cortes de Navarra ha retrocedido por Carlos III hasta Paulino Caballero y el inicio de la calle San Ignacio. Allí recibe órdenes de bordear el Palacio de Diputación, pero le es imposible porque en el Paseo Sarasate se empiezan a formar barricadas. Los manifestantes aprovechan la retirada de la policía para organizarse y hostigarles desde Carlos III. Son las 21.30, y una multitud comienza a congregarse entre la Plaza del Castillo y Cortes de Navarra.

Son aproximadamente las nueve y media. Por Carlos III, mil o dos mil personas



avanzan hacia la plaza del General Mola (**). Entre ellos está Germán Rodríguez, que posteriormente será herido de muerte. Los manifestantes gritan "ETA, herria zurekin", "policía asesina" y "ETA, mátalos". Quienes disfrutan de las fiestas ajenos a lo ocurrido en la plaza de toros, huyen por las calles cercanas. El material de algunas obras es utilizado para sacar piedras, ladrillos y formar barricadas en las calles adyacentes. M.B.O. observa claramente como de debajo de unos maderos, unos ladrillos y unas lonas se extraen varios cócteles molotov, preparados de antemano. Conforme la marcha avanza, se cruzan los coches aparcados en ambos lados. Varias personas sacan gasolina de los depósitos para preparar artefactos explosivos.



Cuando llegan a la plaza frente al edificio, éste está desprotegido. Un par de dotaciones recién llegadas de la plaza de toros, y nada más. En total, hay cuarenta personas en el edificio. Entre ellos están el Gobernador Civil y representantes de partidos políticos, del ayuntamiento y de las propias peñas, que han ido llegando esquivando los disturbios. Varios piden o exigen a Ignacio Llano la retirada de las fuerzas policiales de la ciudad. Otros sólo el repliegue. La respuesta de éste no deja lugar a dudas: se encontraba en la plaza de toros cuando el ataque policial, que no sólo desaprueba, sino que contaba con su oposición. Cuenta a los presentes como en tres ocasiones transmitió a números de la policía órdenes de detener las cargas en la plaza. Con voz temblorosa, reconoce ahora que ha sido desobedecido.

Entre el ir y venir de gente, Llano reconoce que no saben bien dónde está cada unidad y que es difícil comunicarse con ellas. Está además el papel del comandante Ávila, del que Llano no se fía, que está interpretando las órdenes a su manera, y que rompe la cadena de mando. En esos momentos, Ávila pulula por el edificio, a su aire. Varios presentes comentan entre sí el aspecto desbordado y abatido del Gobernador civil. Es incapaz de controlar la situación. Pedirán después su dimisión.

** Hoy Plaza de Merindades

Fuera, cuando los primeros manifestantes lanzan las primeras piedras al edificio sólo una docena de agentes está en el exterior. Se repliegan rápido, alguno hacia la parte trasera del edificio y el resto bajo los soportales que dan a la plaza. Están en alerta, pero el ataque les coge por sorpresa cuando los primeros treinta manifestantes irrumpen desde Carlos III lanzando cócteles molotov y ladrillos. Les siguen muchos más, y en pocos momentos empiezan a cercar el edificio, donde la policía se refugia. Las camionetas sufren múltiples impactos.

En pocos minutos, varios cócteles molotov estallan en el lateral del edificio que da a la Avenida del General Franco (*), y las piedras caen sobre la fachada principal. En los porches, tras los pilares, se parapetan los policías. Desde el segundo piso del edificio, las autoridades y los mandos policiales observan el edificio cada vez más cercado, y se cursan las pertinentes órdenes a las unidades desplegadas en los alrededores: repliegue inmediato hacia el edificio atacado. Acuden además efectivos destinados a otras labores, e inspectores y agentes del Cuerpo General de Policía, de paisano. En la comisaría de guardia del edificio se les entregan las defensas antidisturbios, casco, porra y algunas escopetas NATO-Coruña con su bocacha, cartuchos y pelotas. Por toda la planta baja suena el ruido de los cristales de las ventanas rompiéndose.

En un momento determinado, algunos manifestantes están a escasos diez metros de la puerta, donde se atrincheran los agentes disparando material antidisturbios. La orden que reciben es retroceder hasta el interior, pero no dejar que nadie penetre en el edificio. Pero usando tablas y señales como escudo, algunos manifestantes llegan incluso a los soportales, hasta la misma puerta. Varias piedras caen dentro del zaguán del edificio. Un mozo, saliendo de la esquina más cercana de Carlos III con General Franco, lanza un cóctel molotov que explota en la ventana izquierda junto a la puerta. Desde el lateral del edificio que da a la calle Navarro Villoslada, aparecen dos agentes de paisano con jersey a la cintura. Disparan sus pistolas reglamentarias tratando de alejar a los agresores. Es el segundo momento del día en el que la policía dispara, tras los tiros dentro de la plaza de toros. En este caso no alcanzan a nadie.



Poco antes, y en los alrededores de la plaza de toros, aún se producen enfrentamientos, hasta que se oye un pitido y los agentes regresan a los vehículos. Con gran estrépito de sirenas, los jeeps y autobuses, que corresponden casi con seguridad a la 3ª sección de la Bandera Móvil con sede en Pamplona, retroceden y entran a toda velocidad en la glorieta del General Mola. Desde el otro lado han llegado dos secciones de la 1ª Compañía de Reserva General, que se encuentra en Pamplona desde el día 5, y algunos de cuyos miembros han estado ya en el callejón. La glorieta se llena de autobuses y Land Rovers policiales,

* Hoy Avenida de Baja Navarra

trazando un arco alrededor del edificio. Docenas de agentes descienden con las defensas preparadas.

Su llegada ha hecho que la multitud retroceda hasta Carlos III, donde se atrinchera tras los coches cruzados. Los que allí se encuentran observan cómo un grupo destacado de personas dirige la colocación de barricadas en tres zonas distintas: en Carlos III, en la calle Amaya y en Paulino Caballero. Los lugares no son elegidos al azar: en otras ocasiones, han sido la vía habitual de la Policía Armada para entrar y salir del centro de Pamplona. En el caso de Paulino Caballero, algunas unidades retiradas de los alrededores del Casco Viejo han utilizado esa vía para llegar hasta el Gobierno civil.

A las 21.45, el Gobierno civil se encuentra rodeado de camionetas, autobuses y jeeps de la Policía Armada. Los agentes disparan pelotas desde detrás de los vehículos. Se producen los choques más violentos del día. Tres o cuatro veces, hay cargas que obligan a retroceder algo a los manifestantes. La agrupación de policías ha roto el cerco. A esa hora, un grupo de manifestantes se dirige a la calle Leyre, a la sede de "El Pensamiento Navarro", rompiendo los cristales. Entre diez personas, empujan al centro de la calle la camioneta de reparto del periódico, una Citroen 2CV de carga, que vuelcan y prenden fuego. Un poco más allá, rompen varios escaparates de comercios.



En la glorieta, varias personas salen por la parte trasera del Gobierno civil, tratando de acercarse a la cabecera de la manifestación para pedir una retirada y un alto el fuego. Alguno es incluso miembro de las peñas, y llevan un rato exigiendo a Llano la retirada de la policía. En un momento determinado, este admite replegar la fuerza si ésta deja de ser atacada. Es cuando el grupo de personas sale para tratar de calmar los ánimos y pedir una retirada de la plaza.

Pero entre el caos, nadie les hace caso, y a escasos metros de ellas se siguen tirando piedras y pelotas de goma. A los pocos minutos, vuelven por donde han venido. La situación es incontrolable: la Policía Municipal comunica que varios grupos, al grito de "ETA mátalos", está provocando destrozos en la plaza del Castillo, en Chapitela, en los alrededores del Ayuntamiento. En la Plaza de Mola, la policía trata de rodear a los manifestantes por las calles cercanas y disolverlos desde atrás. Una sección de la 1ª Compañía de Reserva General que



protege el edificio, consigue avanzar y penetrar en Paulino Caballero, lanzando abundante material antidisturbios hacia Carlos III. Allí se encuentran con la camioneta de "El Pensamiento Navarro" ardiendo, y unos metros más allá varios coches cruzados, detrás de los que se parapetan decenas de mozos lanzando piedras. Durante unos minutos, en ese tramo de la calle Leyre, el que va de Carlos III a Paulino Caballero, se producen los choques más violentos.

Los manifestantes han levantado barricadas por toda la zona sirviéndose de coches aparcados. Éstos sufren múltiples desperfectos, abolladuras, cristales rotos, averías en dirección y amortiguadores. Los hay cruzados entre escombros en la calle Amaya, en Carlos III y en Paulino Caballero. Además, tres han sido volcados. En esa última calle, varias camionetas de la Policía sortean la calle Leyre y bajan rápidas hacia el centro de la ciudad. La cabecera de la manifestación –sobrepasada por ese flanco- se repliega hacia atrás.

Faltan muy pocos minutos para las 22.00. La situación ha cambiado, y los mozos comienzan a retroceder por Carlos III, cada vez más rápidamente. Lo hacen cruzando coches, para dificultar el avance policial desde el Gobierno civil. Otros cincuenta agentes, estos con base en Pamplona, comienzan a descender por la calle Amaya. En algunos tramos deben bajarse de los vehículos, que sortean los coches cruzados. Algo parecido ocurre al otro lado de Carlos III, donde la sección de la 1ª CRG ha llegado al cruce con la Avenida de Roncesvalles. Lo hace andando, con los vehículos detrás, tres camionetas, dos jeeps y un autobús con las defensas bajadas. Un segundo grupo de agentes avanza a unos quinientos metros, cargando hacia Carlos III por la calle Arrieta y por Leyre.

Los grupos de manifestantes han pasado de retirarse poco a poco a correr Carlos III abajo;

Pamplona se sumerge en el caos

Son las diez de la noche. Arriba, frente al Gobierno civil, un grupo de veinte personas se ha reagrupado y realiza varios destrozos por la zona. Se rompen las lunas de los comercios situados en Carlos III, Leyre y Arrieta. De vez en cuando se produce alguna carga policial desde la plaza de Mola, que llena la zona de humo. Los vecinos están escondidos, miran tras las ventanas. Muchos acogiendo a familiares y amigos. De vez en cuando se oyen ruidos de cristales y pequeñas explosiones. Un coche familiar, un Crhysler 150 de color blanco, es incendiado por un grupo de abertzales, llenando la zona de un humo oscuro: el olor a goma quemada llega hasta las casas y hace difícil respirar en la calle.



Se producen escaramuzas por toda la ciudad, desde el Bosquecillo hasta el Casco viejo. En el Real de la Feria, donde a esa hora sólo han llegado rumores y la gente se divierte ajena a lo que ocurre en la otra parte de la ciudad, penetran grupos de piquetes dando goras a ETA, y exigiendo a los barraqueros el cierre de las atracciones y bares. A esa hora, la zona está repleta de mujeres y niños, que comienzan a retirarse mientras los reventadores cruzan un par de coches en Yanguas y Miranda. Después, se dirigen hacia el Gobierno Militar, custodiado por una sección de Policía Armada y un retén de guardia de la Policía Militar. Más tarde volverán al recinto ferial.

Pero el escenario principal de los enfrentamientos es otra vez los alrededores del Casco Viejo, donde reina el caos. Los integrantes de la manifestación que a las 21.30 han subido por Carlos III y rodeado el Gobierno civil se han dispersado en carreras. Pero vuelven a agruparse en pequeños grupos, en un área extensa. Algunos grupos están muy bien organizados, y llevan a cabo acciones de guerrilla urbana en puntos neurálgicos de la ciudad que aún no se habían visto afectados por los incidentes. Unos aún se juntan arriba, en Carlos III, donde apedrean escaparates. Otros hostigan desde la calle San Miguel y Comedias al contingente policial que se encuentra entre el Paseo Sarasate y la Plaza del Castillo, y lanzan piedras contra Diputación. Otro hace frente a las cargas policiales en la calle Chapitela, donde el vallado del encierro es desplazado calle arriba, amontonado junto con tres coches en la confluencia con la Plaza del Castillo. Entre el humo, se escuchan gritos de “ETA mátalos” y “ETA, ETA, ETA, más metralleta”.

Los enfrentamientos directos están localizados en el frente Carlos III-Estafeta-Amaya, donde se ha refugiado el grueso de la marcha. Desde esta calle, la policía realiza varias cargas hacia Estafeta, que son respondidas con el lanzamiento de piedras y botellas. El vallado está desde el final de la corrida desparramado en la entrada del callejón. La bajada a la Chantrea está cortada por coches cruzados en la calzada, detrás de los que se resguardan los piqueteros.



Mientras, arriba, el Gobierno civil recupera cierta normalidad, y se intensifican las negociaciones. La policía ha establecido un perímetro de seguridad en todo el edificio, con todos los efectivos a su disposición. En todas las esquinas, Policía Armada y CGP colaboran en la protección del edificio, que de vez en cuando sufre rápidos ataques de pequeños grupos. Mientras esto ocurre, varios detenidos ingresan en el edificio: ninguno de los detenidos esa noche será de Pamplona. Representantes de partidos políticos y de las peñas exigen a Ignacio Llano su liberación y la retirada de la fuerza de la calle.

Al ayuntamiento y al Gobierno civil llegan noticias de grupos de manifestantes distribuidos por zonas estratégicas, que extienden el caos por todo el centro de la ciudad. Poco antes de las diez, un grupo irrumpe en San Nicolás desde San

Miguel gritando “policía asesina”, en dirección a la plaza del Castillo, mezclándose con la gente que aún cena y toma copas en los bares de la calle. En unos minutos la calle será un caos. A las 22.30, hay grupos formando barricadas a la entrada de la calle Mayor, la calle Taconera, en el Paseo Sarasate, en San Gregorio. Llegan reporters de coches cruzados en Yanguas y Miranda, Sancho el Mayor, incluso en la entrada de Burlada. Todo se suma a los desórdenes que se suceden en los alrededores de Carlos III.

Más allá de lo que ocurre a la vista del edificio del Gobierno civil, no hay manera de establecer contacto con las distintas unidades. Las radios crepitan, se superponen conversaciones, hay interferencias. Llano trata de mantener a Ávila a su lado –están también el comisario Jefe Miguel Rubio y un capitán-, pero el comandante aparece, desaparece, baja a la calle y vuelve a subir. Sin ninguna duda, está dando órdenes a las unidades de Policía Armada, por lo menos a aquellas con las que puede comunicar. Avila se mueve entre la policía vestido de paisano, con un jersey a la cintura donde esconde su arma reglamentaria.

Para rebajar la tensión, Llano accede por fin a retirar la fuerza del centro de la ciudad. Debían quedar en su puesto las unidades que custodiaban puntos estratégicos: en la Audiencia provincial, en los alrededores de comisaría y Gobierno Militar, y en el Hospital de Santo Domingo. La Compañía de Reserva que opera en el eje Carlos III-Pza del Castillo, y las secciones de la Bandera de Pamplona en la zona del Casco Viejo deben retroceder. J.U.A escucha como se transmiten las órdenes desde la sala situada junto al despacho del Gobernador civil.

La muerte de Germán Rodríguez en la Avenida de Roncesvalles

La orden se recibe por fin a las diez y cuarto, y se transmite por toda la cadena de mando. Primero retroceden las unidades desplegadas frente a Diputación, hacia Carlos III y Avenida Roncesvalles. Al hacerlo, varios grupos salen detrás de ellas por los laterales de la avenida. La segunda orden afecta a las dos secciones que se enfrentan con los manifestantes frente a la Plaza de Toros, en la calle Amaya. El teniente, a toque de silbato, ordena el repliegue rápido hacia los vehículos, situados en el cruce, que los agentes obedecen casi instantáneamente. Enfrente, los manifestantes han oído el pitido, y ven a los policías retirarse. No se quedarán parados.

Con más la mitad de los efectivos montados en los autobuses y camionetas entre Roncesvalles y Paulino Caballero, varios cientos de personas cargan desde la calle Amaya, y penetran en Carlos III, corriendo en zig-zag entre los coches cruzados detrás de los agentes, lanzando ladrillos. El grueso de las fuerzas policiales está ya en Paulino Caballero, donde se encuentran con otro problema: un grupo de personas lanza piedras también desde la confluencia con Cortes de Navarra. Algunos policías aún no han montado en los vehículos, y otros se bajan apresuradamente para repeler una agresión inesperada. Los manifestantes se echan literalmente sobre los guardias que se retiran por Roncesvalles.

J.O.Z ve desde su domicilio como algunos policías van más atrasados, y llegan a estar a menos de treinta metros de los primeros manifestantes. Se oyen gritos de

“policía asesina” y “ETA mátalos”. Cien metros más allá, varios guardias bajan de una de las camionetas, y se apostan en la esquina de Paulino Caballero con Roncesvalles, en el lado de los impares, lanzando botes de humo y gases lacrimógenos hacia Carlos III. Los manifestantes han avanzado ya media manzana, gritando contra los agentes. Está oscureciendo, y las luces de las farolas comienzan a encenderse.

En estos minutos, los acontecimientos son confusos. En un momento determinado, uno de los policías de la esquina sale a mitad de la calle, entre los árboles, esgrimiendo a la altura de la cintura un subfusil Z70, y comienza ha efectuar disparos en modo semiautomático. Los manifestantes frenan y se ponen a cubierto. Varios de los proyectiles impactan en los comercios del lado de los pares de la Avenida Roncesvalles. Otros dos policías se vuelven y desenfundan sus armas reglamentarias, efectuando entre cinco y diez disparos hacia Carlos III, avanzando algunos metros e insultando a los manifestantes.

Ante el sonido de los disparos, el grupo que va delante retrocede hasta Carlos III, se atrinchera tras los coches o se tira bajo ellos. Hacia mitad de la Avenida Roncesvalles, tras uno de estos coches -un Renault 12 de color blanco- se parapetan varias personas. Una de ellas es Germán Rodríguez, que en un momento determinado se incorpora y recibe el criminal disparo en medio de la frente. Se desmorona hacia atrás. A su lado, otro joven recibe otro impacto en el hombro. Otros disparos impactan en varios coches aparcados o cruzados detrás de ellos. Son aproximadamente las 22.20 de la noche.



Varios de los manifestantes, algunos junto a él y otros tras otro coche cruzado atrás, observan como el herido cae. Entre tres personas, lo recogen del suelo. Enfrente, el agente que ha efectuado los disparos con la Star Z70 ha retrocedido y desaparecido entre los policías que reciben desde atrás la orden a gritos de replegarse. Aún da tiempo a que otro bote de humo caiga en mitad de la calle. Los agentes que desde la calzada han efectuado los disparos con sus pistolas, corren también hacia atrás. La identidad de los tres es desconocida.

Tras las ráfagas, y la retirada policial se ha hecho el silencio: uno de los que se encuentran en primera línea pide a gritos un coche. La policía, montada en sus vehículos, se aleja Paulino Caballero arriba, esquivando aún algún coche más arriba, a la altura de Arrieta. Mientras la policía se pierde a lo lejos, dos personas recogen al herido y corren con él hacia Cortes de Navarra, pasando por el cruce desde donde minutos antes se habían efectuado los disparos. Allí lo recoge un vehículo, que sortea barricadas tocando la bocina. Lo lleva hasta el Hospital de Navarra, donde ingresa cadáver.

Noche de terror en Pamplona

Al otro lado del Casco Viejo, las escaramuzas se extienden por el Real de la Feria, que lleva en Yanguas y Miranda desde el año anterior, y en el Parque de Antoniuti, calle Taconera y Bosquecillo, donde se cruzan coches y se pega fuego a barricadas. A las 23.00, un grupo de personas lanza piedras contra la Prisión Provincial desde Monasterio de Cilveti, a lo que la sección de la Policía Armada destacada allí responde con una carga por la zona. La gente se refugia en los bares. Más o menos sobre la misma hora, otro grupo apedrea el Hospital Militar, y de nuevo se producen carreras por Carlos III.

Tratando de abarcar más calles, Jeeps y camionetas de la Policía Armada realizan rondas desde el Gobierno civil hasta la plaza del Castillo. Aquí, a eso de las 0.30 se produce un violento ataque contra la Diputación Foral. Un grupo de personas se lanza contra el edificio. Las luces que iluminan la plaza impiden ver bien qué ocurre, pero se observa como al menos una persona encapuchada lanza un cóctel molotov contra la fachada, con la intención de quemar la bandera española que ondea en la balconada. Ésta comienza a arder lentamente. Mientras, otras diez personas tratan de forzar una de las puertas, que resiste. Después, rompen con ladrillos los cristales de la planta baja, que caen al suelo con estrépito. Acto seguido, lanzan varios cócteles molotov al interior, que caen en los despachos correspondientes a los "Derechos Reales", que comienzan a arder. Las barricadas y el lanzamiento de piedras impiden a una dotación de bomberos que ha acudido avisada desde el interior del edificio, acceder al fuego. Se producirán daños importantes.



La bajada por Carlos III de una sección de la Policía Armada hace huir a los asaltantes, que protagonizan escaramuzas con los agentes. Dos compañías dan la voz de alarma a eso de la una de la madrugada; empiezan a quedarse sin material antidisturbios. Según los testigos, algunos agentes hacen fuego real otra vez de madrugada en Chapitela y en los alrededores de la Diputación. Durante la madrugada, entre carreras, gritos y pelotazos por el Casco Viejo, se escuchará de vez en cuando el ruido seco y sordo de los disparos de bala.

02.00 de la mañana. Los violentos incidentes que han ocurrido varias horas antes, entre las nueve y las once en el Ensanche, han dado paso a una de guerrillas por las calles de la ciudad. En una situación nunca vivida con anterioridad, una compañía entera de la Policía Armada se encuentra desperdigada por el Casco Antiguo, sin organización alguna, dividida en pelotones y escuadras, que cargan aquí y allá contra pequeños grupos. Algunos

bares que aún permanecían abiertos, en San Nicolás, San Gregorio o San Lorenzo acaban por cerrar las puertas: muchas personas se refugian asustadas en los establecimientos, y muchos clientes que salen de cenar son cacheados y golpeados por policías antidisturbios. Varios testigos calificarán esa noche de terrorífica: cristales rotos, disparos, carreras, gritos a favor de ETA se repiten de lado a lado.

A las cinco de la mañana, aún se producen carreras y se escuchan disparos de pelotas en la plaza del Ayuntamiento, Mercaderes, calle Mayor y plaza de San Francisco. A esa misma hora, entran en la ciudad los refuerzos policiales que el Gobernador Civil ha pedido al filo de la medianoche, cuando ha comprobado que los efectivos con que cuenta no pueden con los grupos de incontrolados. Se trata de las Compañías de Reserva General 12ª, que viene de Lérida, y la 4ª Compañía, con base en Zaragoza. Al mando de esta última, para ponerse al frente de toda la fuerza se encuentra el General Dionisio Bartret. Entre las dos suman algo menos de quinientos agentes.



Al amanecer del día 9 de julio, hay en Pamplona seis compañías de la Policía Armada. Las CRG número 1 (Logroño), la número 4 (Zaragoza) y la número 12 (Lérida), que se suman a las tres estacionas normalmente en Pamplona. Una por una van tomando posiciones en puntos neurálgicos, relevando a quienes han protagonizado los tristes acontecimientos desde las ocho y media de la tarde del día 8. Al amanecer del día 9, hay dotaciones de la Policía Armada en la Plaza del Castillo, Plaza de Toros, Diputación, Hospital Militar y Gobierno Civil.

Día 9. Bandas de reventadores asolan Pamplona

A las siete de la mañana, docenas de personas se acercan al recorrido del encierro. El encierro no se celebrará. El día anterior no se había celebrado el encierrillo, y a esa hora de la mañana los toros siguen en los corrales del Gas. Además, para los encargados de poner el vallado es imposible hacerlo. En la Cuesta de Santo Domingo varios maderos están cruzados, y otros han desaparecido. Vallas, postes y maderos están cruzados en la Plaza del Ayuntamiento, en Chapitela, en la bajada de Javier y en Telefónica. Aquí además, varios están quemados. El encierro del día 9 era imposible. El del lunes día 10 improbable. A partir del día 11, sería más posible celebrarlos.

Las calles están vacías, impropio de un nueve de julio. A esa hora, las brigadas de limpieza municipal están limpiando las calles del centro. Van retirando los

objetos quemados de las barricadas. Carlos III, Roncesvalles, Plaza del Castillo están repletas de cascotes, ladrillos, piedras, pelotas de goma y botes de humo vacío. En la plaza de toros, aún no han terminado las labores de limpieza, que habían comenzado pasadas las 23.00, pues ruedo y tendidos están impracticables. Según los trabajadores, jamás en el pasado –y nunca en el futuro- se encontrarían con algo semejante al aspecto de la plaza en la noche del ocho de julio.

Por Carlos III, vigilados de cerca por varias dotaciones policiales, deambulan vecinos, curiosos y algún periodista. Arriba, entre la plaza de Mola y la calle Leyre hay veinte coches cruzados, varios destrozados. Los curiosos rodean el coche familiar quemado por los manifestantes en Carlos III, y la furgoneta quemada y volcada en la calle Leyre. Aquí, los trabajadores de "El Pensamiento Navarro" se afanan en recuperar la normalidad tras el asalto nacionalista de la noche anterior. Durante esos días recibirá varias amenazas de bomba, con lo que tardará en salir a la calle con normalidad.

Durante estas primeras horas de la mañana, los curiosos también se arremolinan en los alrededores de la plaza de toros y en el punto exacto donde había caído muerto Germán Rodríguez. En mitad de la calle, rodeado de media docena de coches cruzados, permanece el Renault bajo el que se había atrincherado el fallecido durante los enfrentamientos. El coche presenta varios impactos de bala, y hay restos de sangre en el suelo y en la chapa del vehículo. Junto a éste, algunas personas comienzan a depositar flores, algo que continuará durante toda la mañana.



Con los refuerzos llegados de madrugada, la policía patrulla a pie y en coche las calles del Casco Viejo, que empiezan a quedar libres de barricadas. En San Nicolás y en Estafeta, varias personas son agredidas por agentes policiales. En esta última calle, son increpados desde algunos balcones: algunos policías lanzan pelotas de goma contra ellos. Durante buena parte de la mañana, sólo la Policía Armada se deja ver por la calle, patrullando una ciudad desolada. A la hora de comer se retiran y queda sólo un nutrido grupo en la trasera del Ayuntamiento.



Al mediodía, algunos bares abren con timidez, aunque con las persianas a medio cerrar y las luces apagadas, principalmente por San Gregorio y San Nicolás. Muy poca gente por la calle. La

situación contrasta con la multitud que se agolpa en las estaciones de atobuses y de tren durante toda la mañana. Se calcula que 200.000 personas abandonarían la ciudad en esa mañana. En la estación de autobuses, se producen momentos de pánico cuando se oyen gritos contra la policía en Conde Oliveto. Muchos, sobre todo los llegados de lejos, se olvidan de Pamplona y visitan otros pueblos de Navarra, del Pirineo o marchan a San Sebastián. En los kioscos, los periódicos se agotan rápidamente.

Las peñas, el Ayuntamiento, la MECA y los partidos pasan la mañana en contacto con el Gobernador civil y entre ellos mismos. Las posturas son enfrentadas. Las peñas exigen la dimisión del Gobernador, la retirada de la policía y la puesta en libertad de los detenidos durante la noche anterior. Son empujadas por los sectores más radicales, los que han protagonizado los enfrentamientos de la noche anterior, y su posición es hostil e intransigente. El Gobernador civil no quiere retirar la policía, vistos los asaltos de la noche, sino retirarla a puntos estratégicos en previsión de incidentes. En medio, el Ayuntamiento quiere garantizar la paz en las calles

Tras fracasar las negociaciones, Ignacio Llano convoca una rueda de prensa para el mediodía, a la misma hora que el Ayuntamiento anuncia que hará una declaración institucional y convocará una asamblea para decidir sobre la continuidad de las fiestas. Las peñas se reúnen por su parte en la sede de la "Alegría de Iruña" en la calle Jarauta, cuartel general desde el final de la corrida el día anterior: algunas de ellas defienden ya exigir la suspensión de las fiestas en protesta por la muerte del día anterior. Esa mañana, miembros de LKI, el partido al que pertenece Germán Rodríguez, se encaraman a la puerta del ayuntamiento y colocan un pancarta donde se lee: "Germán Rodríguez asesinado". El segundo piso sigue ocupado por quienes exigen la amnistía para varios detenidos, y en la balconada sigue colgando la pancarta con el lema "Para sanfermines todos en casa". Las banderas ondean a media asta. Varios grupos, al pasar delante de la casa Consistorial, gritan consignas de apoyo a ETA. Mantienen a Pamplona sumida en el desconcierto y el miedo.



A la una de la tarde se produce un tumultuoso pleno en el Ayuntamiento. El salón de plenos está repleto de políticos, miembros de peñas, periodistas y público en general. Muchos están apoyados en la pared, otros sentados en el suelo. Los concejales han estado reunidos buena parte de la mañana, preparando la declaración. Aprovechando el ir y venir de personas, varios individuos suben al piso de arriba para dar ánimos y apoyo a los encerrados.

13.00. El alcalde Velasco lee la declaración institucional, de cinco puntos: la protesta por la salvaje entrada de la Policía Armada en la plaza de toros la tarde anterior; la exigencia de una investigación para averiguar quién dio la fatídica orden; la exigencia de retirada de la policía de las calles de la ciudad; llamar a la serenidad del pueblo de Pamplona y transmitir a la familia de Germán Rodríguez la solidaridad. Además, el Ayuntamiento pedía consejo a los reunidos para saber qué hacer con los Sanfermines, si continuar con ellos o darlos por finalizados. El consistorio era partidario de decretar dos días de luto, y decidir después qué hacer con las fiestas. Después, cedió la palabra al público presente.

A continuación, se forma el tumulto. Desde el fondo del salón de plenos, varias personas gritan "German, herria zurekin" con el puño en alto. Los dos representantes de UCD son obligados a abandonar la asamblea, a la que no habían acudido representantes de AFN, por miedo a agresiones. Quedan partidos de izquierda, de ultraizquierda y miembros del nacionalismo radical, junto a concejales, miembros de las peñas y enviados de la Casa de Misericordia, que guardan silencio. En una esperada intervención, el representante de las peñas anuncia que, por ellas, los sanfermines habían acabado ya el día anterior. El ayuntamiento no podría contar con su colaboración. Tras él, varias personas defienden la declaración de una huelga general contra el Gobierno y la necesidad de coordinar acciones de protesta contra la policía "por todo Euskadi". El alcalde, ante el clima hostil hacia la vuelta a la normalidad, consigue no comprometerse y atrasar la decisión hasta el fin de las jornadas de luto.

A las 12.00, mientras el Ayuntamiento es empujado a gritos hacia la suspensión de las fiestas, Ignacio Llano da una rueda de prensa en el Gobierno civil, que se encuentra rodeado de camionetas y jeeps policiales. Rodeado de gran expectación, con visibles ojeras y mala cara, Llano declara que la entrada de la policía en la plaza de toros fue una falsa interpretación de órdenes, a la vez que la denuncia por desafortunada e innecesaria. Anuncia que esa misma tarde serían puestas en libertad las diez personas que aún permanecían detenidas. Se muestra partidario de que las fiestas puedan seguir con tranquilidad, y aunque no puede retirar la fuerza pública de la calle, admite la posibilidad de replegarla y reducir su presencia.



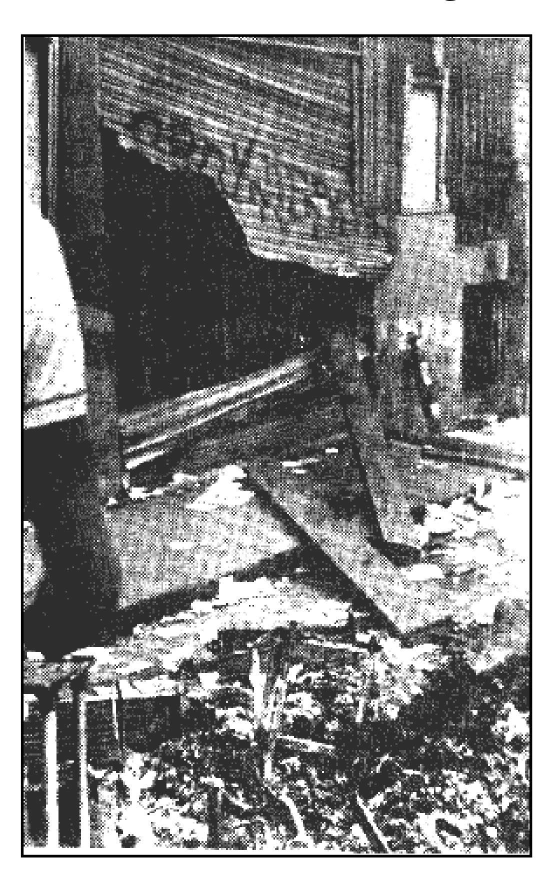
Piquetes para acabar con las fiestas



A partir del mediodía, la tensa calma comienza otra vez a resquebrajarse. Por las calles del Casco Viejo aparecen carteles firmados por LKI en donde se llama a la lucha y se denuncia la muerte de Rodríguez. Numerosos grupos colocan carteles y patrullan por las calles gritando "German, herriak ez du barkatuko" y "policía asesina". Poco antes de la hora habitual de la corrida,

piquetes formados por miembros de las peñas comienzan a recorrer la parte vieja de la ciudad, obligando a cerrar los pocos bares que habían tratado de abrir con normalidad. En San Nicolás y Estafeta, algunos dueños y camareros son amenazados e insultados, produciéndose escenas de tensión. Las pocas personas que se habían aventurado a salir de casa, huyen del centro apresuradamente.

A las nueve de la noche, el Casco Viejo es otra vez escenario de disturbios. Una concentración en la plaza del Ayuntamiento se ha disuelto entre gritos de "Germán, herriak zurekin" y "ETA mátalos". Después, varios grupos se han distribuido por toda la parte vieja. Un grupo ha intentado subir de nuevo al Gobierno civil, pero ha sido disuelto con facilidad por la policía, que hoy –a diferencia de ayer- tiene efectivos más que suficientes. No obstante, algunos grupos rompen escaparates y lunas de algunos comercios situados en los alrededores de Carlos III. De nuevo los vecinos vuelven a esconderse en sus casas.



Los grupos de reventadores se hacen fuertes en el Casco viejo. Una sección de la Policía Armada bloquea la salida de la bajada de Javier a la Plaza del Castillo, y de vez en cuando dispara pelotas de goma Estafeta abajo, donde hay varios coches cruzados. Al otro lado, unas doscientas personas se hacen fuertes tras una barricada. Otro grupo de policías se divide entre la calle Chapitela, donde vuelve a haber una gran barricada, y el cruce San Nicolás-Pozoblanco, desde donde algunos grupos entran en la plaza y les arrojan piedras. Hay otro grupo de policías protegiendo el Palacio de Diputación, que especialmente vulnerable tras el ataque de ayer, sigue sufriendo lanzamientos esporádicos de piedras.



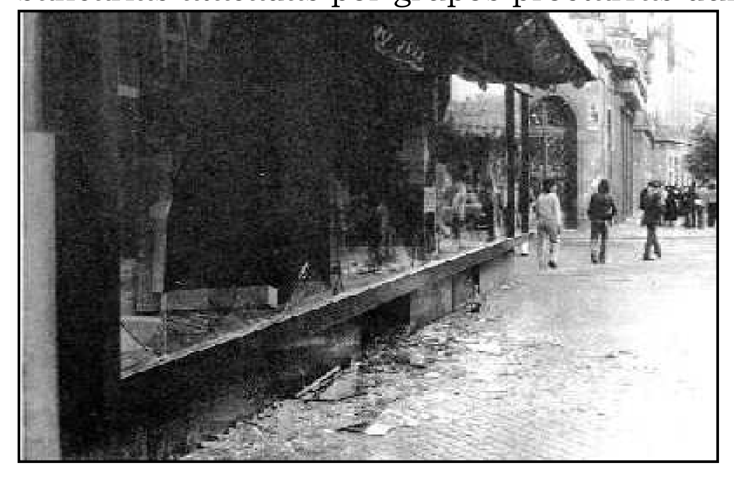
Pero los grupos de proetarras que actúan por la parte vieja no tienen como objetivo principal a la Policía Armada. Entre la medianoche y las cinco de la mañana, se producen asaltos en comercios de toda la ciudad. Los que no habían sido atacados la tarde-noche del día 8 lo son ahora. Bancos, tiendas de ropa, de muebles, bares…Las dotaciones policiales han recibido la orden de no entrar bajo ninguna circunstancia en el Casco antiguo, y eso favorece que los nacionalistas radicales controlen toda la

zona.

Poco antes de las dos de la mañana, la plaza del Castillo es escenario de enfrentamientos intermitentes. Un grupo de trescientas personas aún se enfrenta a la policía, huyendo hacia Chapitela y reagrupándose allí. En Mercaderes, entre varias personas, rompen los tablones que tapaban las ventanas rotas el día anterior del Banco Español de Crédito, y acaban con los cristales que aún permanecían intactos. Aprovechando que la policía no está presente arriba, en la plaza del Castillo, usan el vallado del encierro a modo de ariete, tiran abajo la puerta metálica, y una docena de personas comienza a sacar objetos que después lanzan en mitad de la calle. Pronto, junto al vallado desparramado caen sillas, mesas, máquinas de escribir, estanterías, archivadores. Al poco rato, prenden fuego a la barricada, y se alejan corriendo lanzando gritos de apoyo a ETA. J.L.G lo observa todo desde su domicilio, en la misma calle Mercaderes.

Día 10 de julio. Objetivo, acabar con las fiestas

El lunes a primera hora, son los empleados y responsables de las entidades bancarias atacadas por grupos proetarras durante la noche los que tienen mucho trabajo. Ninguna sucursal, entre la plaza de Mola y la plaza del Castillo, quedó al margen de los ataques del sábado y del domingo. La Caja de Ahorros de Navarra, el Banco de Vizcaya, el Banco de Bilbao, Banesto, Banco Zaragozano, Banco Industrial del Norte, Banco Santander, Banco Hispano Americano…la lista es extensa. Durante toda la noche, grupos de manifestantes habían apedreado concienzudamente todos los bancos en la zona de los disturbios, que presentan las lunas rotas. Los ruidos de cristales que todos los testigos vecinos de la zona habían escuchado entre las diez y las cinco de la mañana, corresponden a estos establecimientos. Y no sólo ellos: Cuadrado, Inda, Centrohogar, Piedad tienen los escaparates rotos. Por la mañana, los operarios tratan de cubrirlos con tablones y chapas de madera, puesto que nadie se fía ya de que los alborotadores vuelvan también esa noche.



A lo largo de la mañana, las reuniones de la Comisión de Investigación formada por Ayuntamiento, partidos políticos y peñas se traslada al Pabellón Anaitasuna, lejos del epicentro de los enfrentamientos y donde había mayor espacio y comodidad. Allí se reunen políticos, concejales, sindicalistas y miembros de asociaciones locales, excepto UCD y AFN, que habían sido expulsadas por presiones nacionalistas durante la asamblea-pleno del día 9 en el Ayuntamiento.

Entierro de Germán Rodríguez

El arzobispo de Pamplona. Monseñor Cirarda, ha condicionado la celebración del funeral a y a la ausencia de contenido político. Pero los familiares y amigos del fallecido coinciden en defender que ambas cosas son imprescindibles. Además, ante el peligro de disturbios si se celebrar en la plaza del Castillo, al final se traslada al Cementerio.

Miles de Pamplonseses se quedan en sus casas al comprobar el cariz político que los acontecimientos están tomando, y que se confirma antes del mediodía en el montaje preparado en el cementerio.



20.000 personas abarrotan la explanada de acceso al cementerio, muchos de ellos sentados para dejar ver a los de atrás. La gente se amontona en los desniveles de los alrededores, hasta la A.D. San Juan. En el altar montado junto a la puerta del cementerio, miembros de LKI colocan una fotografía de Rodríguez y una ikurriña, además de un cartel con la inscripción “Herriak ez du barkatuko”. Otra fotografía del cadáver con la frente afeitada y el impacto de bala, fue retirado por petición de la hermana del muerto. Al lado del escenario, una enorme ikurriña con crespón negro presidía el acto fúnebre-político.



Algunos miembros de las peñas acuden al cementerio vestidos de pamplonica, aunque sin pañuelo y con brazaletes negros. Entre los asistentes, miembros de LKI reparten un especial del boletín de la banda, “Zutik” –heredero del boletín de ETA- con la versión de los hechos. Este Zutik será la base de documentos posteriores sobre los acontecimientos, especialmente el dossier de la Comisión de Peñas, que nacerá viciado de antemano.

El cuerpo sin vida del muerto aún tardaría en llegar: en ese momento era trasladado en coche desde el depósito forense hasta el tanatorio más cercano, donde amigos y compañeros de organización lo sacarían a hombros.

Mientras esto ocurría, empezaba el funeral, oficiado por tres sacerdotes, conocidos simpatizantes de la izquierda abertzale. Uno de ellos comienza su homilía denunciando cómo "Nunca tan pocos han hecho sufrir, han escarnecido, han desafiado a tantos". Después, continúa alabando la trayectoria política de Germán Rodríguez, su militancia en ETA-VI y en LKI, para acabar realizando un llamamiento político: "la venganza de Dios es responder a la muerte creando vida. Nosotros debemos responder con la unidad, al igual que los árboles se unen por las heridas. Hoy esto es nuevo motivo para la unión de los navarros y de todos los vascos". Durante la homilía, el público guarda silencio.



Acabada la homilía, sobre las doce y media, la comitiva que acompaña al joven muerto asoma arriba, en Monasterio de la Oliva. Va a hombros de miembros de LKI, precedido de una pancarta y flanqueado por banderas con la hoz y el martillo, ikurriñas y símbolos de LKI. Su llegada provoca algunos gritos y aplausos, que son acallados, haciéndose el silencio. El féretro avanza entre la multitud: muchos jóvenes levantan el puño al paso del ataúd, que sin detenerse, entra en el cementerio por la puerta principal. Por petición expresa, sólo los allegados penetran al interior, aunque al final serán muchos más.

Mientras fuera termina la misa, el cadáver el joven es introducido en el nicho 171 del grupo 32, cubierto el ataúd con una bandera roja y una ikurriña, a los sones de "La Internacional" y el "Eusko Gudaríak", cantados por los presentes con el puño en alto. Bajo el nicho, donde la familia coloca unas flores, se amontonan varias coronas de flores: la de LKI, la de la peña Irrintzi, la de Gestoras Pro-Amnistía, Ikastola municipal, "presos de Iruña", entre otras. El ambiente es emocionado y politizado al mismo tiempo.

A la salida, muchas personas han abandonado el lugar antes de que comenzara el acto político, que es vigilado por un helicóptero policial. Una de sus pasadas provoca los insultos de algunos de los asistentes, acallados por la mayoría. El primero en hablar es el representante de las peñas, que reitera la posición defendida ya el día anterior: salida de la policía de Pamplona, dimisión del Gobernador civil y del Ministro Martín Villa y depuración de responsabilidades. Tras éste, muy emocionada, habla la hermana del joven fallecido del momento de su muerte, en mitad de los disturbios del sábado: "no es casual que él se encontrara allí, en la calle, tras los sucesos de la plaza, pues lleva desde los 16 años luchando por la libertad".

Al acabar, la multitud aplaude durante varios minutos. Tras ella, toma la palabra el dirigente de LKI Ramón Contreras, que resume la vida del fallecido. Posteriormente denuncia que "Hay un gobierno antinavarro que quiere enfrentarnos y desgajarnos de Euskadi", afirma, mientras hace llamadas a la subversión y a la lucha contra el Gobierno: "debemos levantarnos con una respuesta en Pamplona y en toda Euskadi". Contreras acaba convocando una

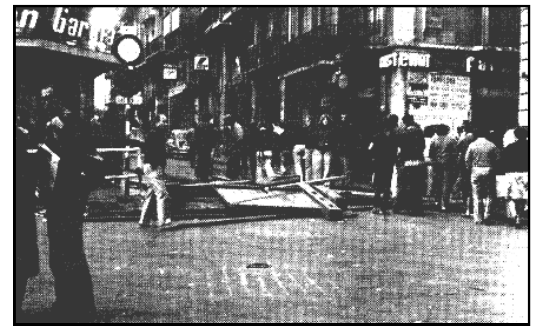
manifestación hasta la calle Roncesvalles. Tras él, pocos hacen caso a Jesús María Velasco, que en pocos segundos pide convivencia y anuncia investigaciones. Muchos de los presentes levantan el puño cantando “La Internacional” y el “Eusko Gudariak”, lanzando gritos de “policía asesina”, “German, herria zurekin”.

Es la una y cuarto, y comienza una manifestación que avanza hacia el centro, en la que participan alrededor de 5000 personas, con pancartas y banderas, pero en silencio. La marcha, tras una pancarta donde se lee “castigo a los responsables” y la ikurriña del funeral, sube por Monasterio de la Oliva, y Monasterio de Velate, por donde pasa a la Avenida de Bayona y Pío XII. Hay más pancartas con diversos lemas: “Germán, nosotros no olvidamos”, “German, herria zurekin”, “German, hasta la victoria”. A las dos de la tarde la cabecera de la manifestación llega a la altura del edificio Singular. En ese momento, las unidades policiales apostadas junto al Hotel Tres Reyes se retiran, lo mismo que las que vigilan el Gobierno militar. Tras pasar por varias calles del centro – Navas de Tolosa, Conde Oliveto, San Ignacio- la comitiva llega al lugar donde cayó Germán Rodríguez dos días antes.



En el punto exacto, los coches han sido retirados y la zona limpiada. Se han ido amontonando ramos de flores, hasta alcanzar un metro de altura. Hay también pañuelos, varios carteles e ikurriñas. Varios miembros de LKI han pasado la mañana preparando el túmulo de homenaje. Allí vuelve a cantarse el “Eusko Gudariak”, y los asistentes se disuelven al grito de “Gora Euskadi askatuta”. Son las 14.30.

Si hasta ese momento las cosas habían transcurrido sin incidentes, a partir de este momento la historia de los dos últimos días vuelve a repetirse. Varios grupos comienzan a gritar “policía asesina”, “cuerpos represivos, disolución” y “ETA herria zurekin”, la consigna lanzada por Contreras durante el funeral. Por San Ignacio marchan hacia la parte vieja lanzando vivas a ETA. De nuevo se produce la huída y el miedo de los transeúntes que pretenden volver a la normalidad, y que escapan ante lo que parece una nueva jornada de violencia. Al paso de los reventadores salen varias dotaciones de la Policía Armada, que disuelven a los manifestantes, que no consiguen volver a reagruparse. Por la parte vieja, especialmente por los alrededores del ayuntamiento se producen carreras esporádicas.



15.00. Se celebra una rueda de prensa de la Comisión de Peñas en el local de la "Alegría de Iruña" en la calle Jarauta, que en esa hora es escenario de enfrentamientos y carreras. Mientras los peñistas hablan, fuera se oyen pelotazos y gritos. La Comisión de Peñas exige la dimisión de Llano, niega que las peñas hubiesen o estuviesen organizando los disturbios. La tensión sube cuando un periodista de "Diario de Navarra" pregunta por el chantaje a las instituciones. El portavoz afirma que no es verdad que piensen tomar represalias contra las instituciones, si estas deciden seguir con los sanfermines de este año. Poco después, la prensa pone en duda el carácter verdaderamente mayoritario de las decisiones tomadas por la Comisión de peñas y su carácter representativo, que está causando gran malestar entre muchos pamplonicas: su representante afirma que, "entre tres mil y cuatro mil personas están participando en las asambleas". Urtasun también niega la participación de la Comisión en la manifestación de la mañana desde el cementerio, pese a que muchos de sus representantes la encabezaban.

En la rueda de prensa, las peñas anuncian que habían comenzado, desde el mismo día 8, la acumulación de material y documentos para la elaboración de un informe sobre lo ocurrido. En la rueda de prensa, las peñas adelantan su primera versión sobre lo ocurrido y presentan algunos documentos, entrevistas y grabaciones de radio.

En la rueda de prensa, el representante de las peñas denuncia la manipulación informativa de TVE. Las peñas también aportan las grabaciones efectuadas por radioaficionados el sábado anterior, durante la entrada de la policía en la plaza y los incidentes que costaron la vida a Germán. En la grabación, el comandante Fernando Ávila transmite a sus agentes una orden: "dad la vuelta a la plaza. No os importe matar". Pero o las peñas mienten, o han sido engañadas. Las grabaciones están hechas por José Antonio Urbiola, fundador y directivo de Herri Batasuna ([***]), y habían sido realizadas durante la noche del 9 al 10 de julio, un día después de la entrada de la policía en la plaza y de la muerte de Germán Rodríguez.

A media tarde, las dos Compañías de Reserva General que habían llegado a Pamplona en la madrugada del día 9, comienzan a recoger el material y ser relevados por la Bandera Móvil de Pamplona en los lugares de especial protección. Entre las siete y las ocho, el trasiego de autobuses, jeeps y camionetas de Policía Armada por la salida sur de Pamplona es continuo. A las nueve de la noche, permanecen en la ciudad únicamente los efectivos de la guarnición local.

A las nueve y media, la Comisión de Investigación reunida en el Pabellón Anaitasuna hace público un comunicado. Reitera los cuatro puntos adelantados el día anterior: retirada de la fuerza pública, investigación de lo sucedido el día 8, información sobre la investigación y compromiso del Gobernador civil de dimitir. A la misma hora, la Comisión de Peñas lanza otro comunicado: sólo si se cumplen esos puntos se planteará en sus asambleas la continuidad de las fiestas.

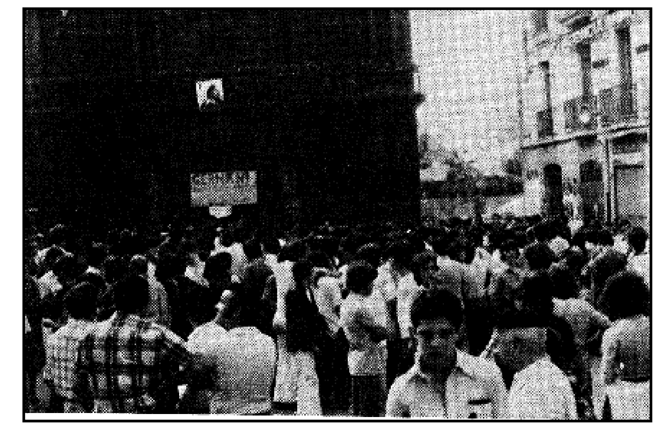
[***] Posteriormente presidente del Partido Nacionalista Vasco (PNV) de Navarra, y miembro del Euskadi Buru Batzar.

Poco después, y por tercer día consecutivo, grupos de manifestantes vuelven a recorrer el Casco viejo dando gritos a favor de ETA y contra la policía. Entre las 22.00 y las 22.30, se concentran en la cuesta de Santo Domingo, lanzando piedras y botellas contra el contingente de la Policía Armada que custodia el Hospital Militar, que responde con lanzamiento de botes de humo y pelota de goma. Otro grupo vuelve a cruzar coches en la plaza del Castillo y Estafeta. Se producen más cargas y carreras. A medianoche todo ha terminado.

Martes 11 de julio. Fuerzan el fin de los sanfermines

El martes amanece fresco, nuboso, con la ciudad en calma. La Policía se ha retirado a los alrededores del Gobierno civil, y hay menos presencia en la ciudad. Los dos días de luto oficial han terminado. En el Ayuntamiento, los concejales deliberan sobre la reanudación de las fiestas. La Casa de Misericordia ha comunicado el día anterior al consistorio su posición favorable a la continuidad de las fiestas. Se compromete a celebrar las corridas de los días 11, 12 y 13, y los encierros del 12 y del 13. Respecto a éstos, el lunes por la tarde la empresa encargada del vallado comunica que se pueden celebrar los encierros del 12 y del 13. Desde el lunes por la mañana, sus operarios llevan rescatando sus piezas, algunas de las cuales han sido lanzadas por los reventadores al río Arga.

También los hosteleros, dueños de bares y restaurantes muestran una opinión afirmativa, aunque tienen miedo de los piquetes proetarras que llevan tres días cerrando bares en nombre de la huelga y las jornadas de lucha. A media mañana, el Ayuntamiento está más inclinado a reanudar las fiestas a partir del mediodía, celebrar la corrida del día y el encierro del siguiente. Con las fuerzas policiales fuera de la ciudad, el consistorio pretende celebrar el resto de las fiestas a un ritmo menor, pero normalizado. Esa es la decisión del consistorio.



Hacia mediodía, comunican su intención a peñas, partidos y grupos sociales. Entonces se encuentran con el problema. Las peñas muestran su oposición, y se alinean claramente con los grupos antisistema radicales que exigen la suspensión de los sanfermines en repulsa por la muerte de Germán Rodríguez el sábado. Algunos han propuesto acudir a la corrida de la tarde y abandonar el tendido tras el primer toro. Pero deciden unirse al boicot y se unen a los reventadores. Algunos grupos han convocado la noche anterior una jornada de lucha en Pamplona para el mismo lunes. Pronto las noticias sobre las intenciones del Ayuntamiento se extienden entre estos grupos.

13.00. Desde el mediodía, los piquetes rodean el Ayuntamiento, al grito de “suspensión, suspensión”. Llevan pegatinas de recuerdo a Germán, y pertenecen a todo el arco de partidos radicales, nacionalistas y de izquierda sin representación parlamentaria. Entre ellos se ve también a miembros de las peñas. Suenan gritos de “policía asesina” y “Gora Euskadi socialista”. En la

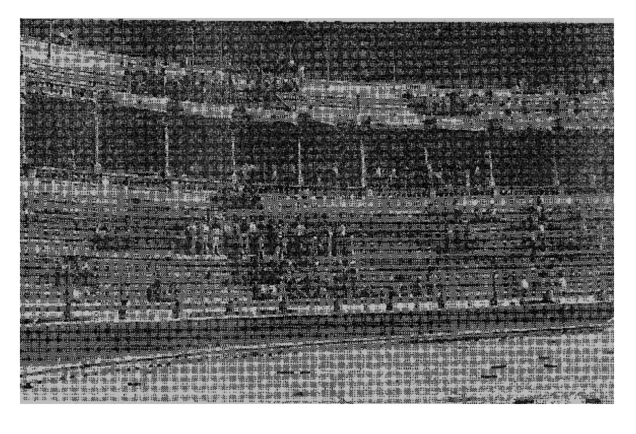
puerta del ayuntamiento continúa la pancarta con el lema "Germán asesinado", y una foto del muerto. Conforme pasa el tiempo, más personas se unen al cerco al Ayuntamiento. En el interior, el alcalde observa por la ventana la actitud cada vez más violenta de los de abajo.

Hay otra cosa que preocupa a Velasco. La Policía Municipal, el Gobierno civil e incluso algunos miembros de peñas y partidos políticos, han detectado en las últimas 48 horas la presencia de individuos llegados del País Vasco y de Francia en las calles, mezclados con los piquetes y manifestantes. A los concejales no les cabe ninguna duda de que estos grupos han estado actuando durante el domingo por la tarde y el lunes. Esa mañana, una patrulla de la Policía Municipal ha descubierto en un portal de la calle Barquilleros abundante material incendiario.

A primera hora de la tarde llegan las primeras noticias de la muerte de un joven en la cuesta de Aldapeta, frente al cuartel de la Policía Armada en San Sebastián, por disparos de bala, cuando protestaba contra lo ocurrido en Pamplona el sábado. Los partidos nacionalistas consideran a esa hora impensable reanudar las fiestas. Comienzan a realizar pintadas y pegar carteles con el lema "suspensión, solidaridad".

17.30 La Pamplonesa se está preparando en el zaguán del Ayuntamiento para desfilar hasta la Plaza de Toros, pero sus miembros son amenazados desde fuera. Los gritos aumentan, los insultos y las amenazas también. El concejal que debe presidir el festejo, avisa al Gobierno civil que ante las amenazas es mejor no celebrarlo. Llano recibe con cierto alivio la noticia. Ya ha tomado la decisión de dimitir ante la falta de apoyo del Ministro Martín Villa, lo que hará en las próximas horas.

En la plaza de toros, las reses de César Moreno han sido desencajonados por la mañana en los corrales de la plaza, tras ser trasladados desde el Gas a primera hora. A las seis menos cuarto, Angel Teruel, Jose María Manzanares y el Niño de la Capea están ya preparados en el patio de caballos. Los tendidos y el albero aún muestran las cicatrices de lo ocurrido tres días antes; en algunas partes el ruedo y los tendidos están ennegrecidos. A pesar de todo lo ocurrido, la plaza presenta entre dos y tres cuartos de entrada, con los tendidos de Sol vacíos y silenciosos. Sólo unas decenas de personas, silenciosas, ocupan los habitualmente bulliciosos tendidos, hoy vacíos.



A esa hora, una noticia dramática recorre los tendidos: se ha recibido una amenaza de bomba por parte de ETA si se celebra la corrida. En un ambiente de tensa calma y silencio, por megafonía se comunica la noticia: por incomparecencia de la presidencia, la corrida está suspendida. El publico presente dedica un aplauso triste a la decisión. Abajo, los toreros dan media vuelta y se dirigen a sus vehículos, aparcados en la puerta. En los tendidos, el público se apresura hacia las salidas, ante la atenta mirada de la Policía Municipal, que ha relevado a la Policía Armada en la vigilancia de la plaza. Ésta jamás volverá a ella.

La tensión prosigue en la plaza del Ayuntamiento. Por fin, el alcalde sale al balcón para comunicar que la corrida no se celebrará y las fiestas serán suspendidas. Desde abajo se recibe la noticia con aplausos. Mientras unos se retiran por la calle Mayor y Chapitela, unas trescientas personas comienzan a gritar “gora ETA”, “ETA mátalos”, y comienzan a recorrer las calles cerrando bares y comercios y amenazando a sus dueños. La historia del 9 y el 10 se repite.

Entre las 18.00 y las 21.00, el Ayuntamiento coordina la suspensión de las fiestas y la comunica a organizaciones, y asociaciones de todo tipo. El comunicado definitivo se produce a las 21.30. El Ayuntamiento comunica que “ha habido que elegir entre la continuidad de la fiesta y la supervivencia de la paz ciudadana”. A esa misma hora y hasta las 22.00 de la noche, se forma una barricada en la Estafeta. Otro grupo de manifestantes provoca disturbios en los alrededores de la cárcel, en el barrio de San Juan. Claro que para entonces los Sanfermines 78 ya son historia.

Pamplona, agosto 2009

No dudes en hacernos llegar tus aportaciones y recuerdos sobre estos trágicos días a **proyectosanfermines78@gmail.com**